

La lengua como lugar de memoria (y olvido). Reflexión glotopolítica sobre el español y su historia*

José del Valle

The Graduate Center, CUNY

JDelvalle@gc.cuny.edu

La unidad se hace siempre de modo brutal
Ernest Renan, 1887

1. Por qué recordar y para qué olvidar

Se da la afortunada coincidencia de que estas líneas se me pidan al tiempo que se publica en español *Elogio del olvido* (Debate, 2017a), ensayo donde el periodista y escritor norteamericano David Rieff lanza un provocador desafío a lo que él mismo – parafraseando a Tzvetan Todorov– denomina el nuevo culto a la memoria, es decir, el recuerdo del pasado como imperativo moral. Frente al precepto de la retrospectión, Rieff rescata al olvido: además de su inevitabilidad (incluso los más dramáticos acontecimientos acaban diluidos en el vacío del tiempo), se imponen también las bondades del silencio histórico que, se presume, nos ahorra guerras, rencor y resentimiento innecesarios:

Cuando la memoria colectiva condena a las comunidades a sentir el dolor de sus heridas históricas y el enconamiento de sus agravios, no es preciso cumplir con el deber de recordar, sino con el deber de olvidar (Rieff 2017b).

La provocadora tesis de Rieff resulta atractiva, de entrada, por cuestionar un pensamiento que en efecto adquiere visos de dogma; pero enseguida se revela también como gesto alarmante que, en nombre de una paz de cementerio, neutraliza la energía política de la voz de los vencidos.

El examen del rol del olvido tiene una distinguida genealogía, y en ella destaca el famoso texto en que el filólogo francés Ernest Renan disertaba sobre la génesis y perenne refundación de la nación definiéndola como un proceso político-discursivo que reconstituye a diario un pueblo que desde el pasado se proyecta hacia el futuro a través del presente:

Tener glorias comunes en el pasado, una voluntad común en el presente; haber hecho grandes cosas juntos, querer hacerlas todavía, he aquí las condiciones esenciales para ser un pueblo (Renan [1887] 1987: 83).

La unidad de la nación, para el filólogo francés, es diacrónica, pues discurre immaculada por el tiempo cronológico, y es histórica por su relación siempre tensa y dinámica con el *ahora* que la regenera, con el plebiscito cotidiano que hace posible su continuidad. Pero, pese a su amable base consensualista, la visión de Renan es todo menos ingenua, y reconoce sin disimulo las lides y violencias que acompañan a la permanente constitución del *demos*: “La unidad se hace siempre de modo brutal” (Renan [1887] 1987:66).

* Este ensayo está dedicado a Germán Labrador y nuestros alumnos del seminario de 2016 “Políticas de la lengua y de la cultura en la España de la Transición”, Natalia Castro Picón, Sara Cordon, Christine Martínez, Cristina Morales Segura, Ana Sánchez Acevedo y Carlos Yebra López.

Ante la constatación de este hecho, de la exclusión que se perpetra en la construcción de unidad, conviene notar la incómoda implicación de los protocolos del olvido en el hilvanado del tejido nacional ya no sólo a través del ritual conmemorativo sino también del mismo estudio histórico:

El olvido, y hasta yo diría el error histórico, son un factor esencial en la creación de una nación, de modo que el progreso de los estudios históricos es a menudo un peligro para la nacionalidad (Renan [1887] 1987:65).

Renan dispone a la memoria y a la historia imbricadas en una tensa e incluso contradictoria relación, y carga sobre las espaldas del historiador la responsabilidad de atender a los efectos de su verdad sobre la dócil sumisión de la ciudadanía a la imagen de pueblo y nación creadas en tándem por el ejercicio de la memoria y la desmemoria. Muy acertado el señalamiento de la función política del olvido, y muy atendible la observación que identifica la simultáneamente inevitable e imposible complicidad entre memoria e historia, inseparables pero mal avenidas hermanas siamesas. Porque si es cierto que ambas nacen de un gesto retrospectivo y una decidida vocación restauradora, cada una se implica en la vida social por medio de discursividades y dispositivos propios. Porque si ambas constituyen en algún lugar un único cuerpo, cada una viste ropajes que la singularizan y, por encima de todo, la diferencian de la otra.

Según Pierre Nora (2006), la memoria, colectiva, afectiva y más vulnerable a la manipulación, responde a un deseo de recuperar y reconocer lo vivido o imaginado. La historia, en cambio, trata de reconstruir lo que dejó de existir; y lo hace a través de las huellas dejadas en el archivo por lo que pasó. Y sin embargo, ambas parten de un acto de selección, de un proceso que necesariamente (y con toda probabilidad interesadamente) realiza un recorte en el tiempo y el espacio que escinde los hechos que merecen ser recordados o historicados de otros que consecuentemente quedan relegados al olvido.

2. La escuela filológica española: así se escribe la historia

Éste es precisamente el objeto que las editoras de este volumen nos invitan a abordar: las voces silenciadas por el gran relato de unidad cultural armado en torno a la lengua española y su historia. La historia de un modesto dialecto que, nacido en las montañas centrales de la mitad septentrional de *Hispania*, se expandió y cultivó, con afán de liderazgo, hasta convertirse en lengua favoreciendo así la construcción de la nación española y, en definitiva, su ingreso en la modernidad. Alcanzó su madurez en manos de los gramáticos humanistas del Renacimiento y su plenitud con la literatura del Siglo de Oro. Su grado de perfección y por ende poder civilizatorio junto al orden político colonial hicieron de ella la lengua que articuló el “encuentro” entre la civilización europea y las culturas indígenas de América. Esa superioridad –ya fuera natural o históricamente adquirida– llevaría a su normalización como lengua de toda España tras la unificación borbónica y como lengua de unidad fraternal que une a dos continentes tras las independencias de “Hispanoamérica”. Esa misma lengua española es la que hoy promete a quienes la hablan el acceso a los tesoros que encierra la globalización.

Se trata de un relato complejo, de autoría múltiple y reelaborado en distintos momentos y lugares. Es por ello que no existe su perfecta reproducción, y cualquier reconstrucción sintética del mismo que se emprenda será como mucho una refracción producida en función de los intereses de quien la enuncia (incluso si se evita la ironía que evidentemente impregna el retrato casi caricaturesco que yo dibujé en las anteriores

líneas). Pero el relato en cuestión hunde al menos parte de sus raíces en una historia escrita de acuerdo con protocolos observacionales, descriptivos y explicativos legitimados en los espacios disciplinarios de la lingüística histórica. Es una historia, por tanto, que crece y se matiza a medida que va apareciendo nueva evidencia y al tiempo que evolucionan las disciplinas que la escriben. Basta con reparar en la obra del mismo Ramón Menéndez Pidal –figura principal en el catálogo de autores del gran relato–, que se desplaza, entre 1904 y 1925, de la gramática histórica hacia un originalísimo marco teórico que modela la propagación de las innovaciones y los cambios combinando los meticulosos métodos de la crítica textual filológica, los principios de la lingüística histórico-comparativa y las observaciones de la dialectología. Y basta también con reconocer cómo ambas obras evolucionan internamente renaciendo en distintas ediciones hasta las últimas de 1940 (*Manual de gramática histórica española*) y 1950 (*Orígenes del español*) respectivamente.

Esta evolución es de hecho condición indispensable para la persistencia hegemónica de la narrativa de unidad cultural, cuya credibilidad se vería devaluada de no estar sometida a examen desde un campo legítimo de la producción de saber. El prólogo que escribe Darío Villanueva (catedrático de la Universidad de Santiago de Compostela y director de la RAE cuando se escriben estas páginas) a la *Historia general de la lengua española* (2008) de Francisco Abad Nebot ilustra el modo en que la evolución de un campo del saber se convierte en condición necesaria de su permanencia:

Pese al natural desarrollo de nuestras disciplinas, no podríamos hoy –ni con toda certeza nunca podremos– desvincularnos de la tradición filológica española a que ha dado lugar esta benemérita escuela [Ramón Menéndez Pidal, Rafael Lapesa, Fernando Lázaro Carreter, Manuel Alvar (JdV)] ...Ese impulso de continuidad en los estudios contribuye sobremanera a dotar de voz propia a una comunidad científica como, en este caso, la española, pero no excluye en modo alguno, como Francisco Abad se encarga de demostrarnos con toda pertinencia, la refutación de ciertas conclusiones a las que han llegado los maestros (Abad Nebot 2008: 15-16).

Vemos que la tradición filológica española –expresándose aquí por boca de uno de sus destacados miembros actuales– se procura una imagen dinámica anclada en una acción en apariencia dialógica. “En apariencia”, escribo con escepticismo, pues el diálogo lo entabla, sí, pero consigo misma, en una relación más especular que dialéctica que, una vez instalada en universidades y centros de investigación, blinda el paradigma epistémico desde el que se ha escrito al gran relato de unidad. La rigidez en la gestión de este paradigma –la enérgica protección de sus premisas– aparece como garantía de la persistencia del relato en la medida en que no hay lugar para cuestionar la delimitación del objeto, es decir, la escisión entre lo historicizable y lo olvidable. Es por ello que no debemos contentarnos con rescatar del archivo o para el archivo piezas hasta ahora ignoradas, sino interrogar críticamente el olvido como condición tanto de los cuidadosos actos de escritura de la historia lingüística como de los emocionados gestos de memorialización de la lengua.

3. El gran relato de unidad: entre la historia y la memoria

Propongo esta distinción conceptual entre historia y memorialización lingüística como estrategia para emprender un examen de las raíces y efectos glotopolíticos de las representaciones del idioma que cristalizan en la obra lingüística de la escuela filológica española y que, además de proyectarse sobre otras tradiciones académicas, reaparecen

moldeadas, según las necesidades del contexto, en la esfera pública, en espacios sociales, en principio, ajenos a la actividad del lingüista y el filólogo profesional.

La compleja relación entre la práctica profesional del historiador de la lengua y los actos en que su trabajo está impregnado de intención memorialista se aprecia de manera evidente en la *Historia de la lengua española* de Rafael Lapesa –brillante figura de la escuela filológica española– y en particular en el prólogo a la octava edición:

Corría el año 1937... Tomás Navarro Tomás... me propuso que escribiera un breve manual de divulgación sobre la historia de la lengua española. Acepté y me lancé con entusiasmo a la tarea: en medio de la contienda fratricida se me brindaba la ocasión de hacer algo por la España de todos. Meses después, en la primavera de 1938, el libro estaba casi terminado; pero hube de interrumpir la redacción de lo que faltaba, pues, movilizada mi quinta, me destinaron a enseñar las primeras letras a soldados analfabetos, quehacer inolvidable como experiencia humana. Cuando terminó la guerra y volví a mi libro, comprendí que rebasaba los límites de la divulgación y podía ser instrumento útil para la iniciación de filólogos (Lapesa 1981: 5).

Emotivas y reveladoras palabras con las que Lapesa, en 1980, reintroducía su *Historia* en la vida cultural española. El prólogo está firmado en enero, es decir, aproximadamente un año antes del intento de golpe de estado hoy recordado como 23-F. En plena Transición (entre la muerte del General Franco en 1975 y la victoria del PSOE en 1982) y en medio de las convulsiones e incertidumbres que generaba el proceso, el filólogo enmarcaba la nueva edición del texto con un gesto retrospectivo que situaba su origen en torno al magisterio de Tomás Navarro Tomás, el fragor de la guerra civil y el noble esfuerzo de las Milicias de la Cultura. Lapesa identifica el sentido original de la *Historia de la lengua española*, en medio de la contienda fratricida, como proyecto que serviría a “la España de todos”, llevando al pueblo –en forma de “breve manual de divulgación” según el consejo de Navarro Tomás– ese gran relato de unidad lingüística. Se puede apreciar el arduo trabajo del historiador transitando del archivo y la biblioteca hacia el campo abierto donde se encuentra la ciudadanía constituida en pueblo por medio de la internalización de la identidad colectiva transmitida por el relato de unidad. Nótese que, lejos de asociarse con el unitarismo franquista, Lapesa pone su historia al servicio de los valores de la II República. ¿Cómo no leer entonces con desconfianza, o, mejor, a contrapelo, la fría declaración de la causa de su renuncia al proyecto original tras el final de la guerra? ¿Qué sentido tendría ya apelar a “todos” en un país quebrado no sólo por la contienda sino por la victoria? ¿Qué sentido tendría “divulgar” en un país cuya esfera pública había sido barrida por los vencedores?

No parece casual que sea precisamente en medio de la frágil Transición cuando renace el clásico de Lapesa envuelto en un metarrelato de tonalidad memorialista que, por un lado, retorna valientemente al recuerdo de una guerra cuyo olvido se aconsejaba a principios de los ochenta desde los poderes políticos y culturales del régimen y, por otro, vuelve a fortalecer la unidad nacional de base lingüística y el rol del filólogo, privilegiadamente posicionado para descifrar el verdadero sentido de la lengua:

Recuerdo inevitablemente la pregunta de la Epístola moral: “De la pasada edad ¿qué me ha quedado?”; y me respondo que, por encima del cansancio, queda el afán ilusionado de seguir inquiriendo el mensaje que se guarda en el ser y el devenir de nuestra lengua (Lapesa 1981: 6).

Al enfrentarnos a la lectura de la *Historia* de Lapesa, resulta evidente que estamos ante un texto cuya propia gestación y devenir presenta una extraordinaria complejidad y nos

invita –como todo clásico– a someterlo a múltiples y ambiciosas lecturas. En él están las huellas del gran filólogo de la escuela española (la impecable combinación de los métodos de indagación histórico-lingüística de su tiempo); en él está latente la contradictoria implicación de esta escuela en la vida política española del siglo veinte (la sobrevivencia de Lapesa o del mismo Pidal –intelectuales de incuestionables credenciales liberales– en la España franquista); en él se vislumbran las contorsiones y juegos de manos que hace el aparato cultural e intelectual de la España transicional para acomodarse al sistema político que se impone (el rescate y blindaje tras el 78 de un relato de nación que igual había servido al nacionalismo liberal español que al franquismo). En él queda escrita, en definitiva, una historia que se vuelve nacional al transitar desde el archivo, la biblioteca y el aula universitaria hacia una esfera pública para implicarse en la construcción de una memoria lingüística común.

Pocos años después de la publicación de las ediciones octava (1980) y novena (1981) del libro de Lapesa, se producía en España un acontecimiento cultural y editorial que involucraba a un lingüista: la concesión en 1985 del décimo tercer Premio Anagrama de Ensayo a *El rumor de los desarraigados. Conflicto de lenguas en la península ibérica*. Había sido escrito por el catedrático de Lingüística General de la Universidad de Valencia Ángel López García y abordaba el origen y expansión de la lengua española. Frente a la teoría castellanista que había elaborado Menéndez Pidal en *Orígenes* al identificar los rasgos del castellano como base constitutiva de la lengua que se expande por su propia superioridad, López García afirmaba que la base del español había sido una koiné vasco-románica que hasta el Renacimiento había funcionado sin asociaciones identitarias a región alguna. Como ha sugerido Kathryn Woolard (sin entrar a cuestionar la coherencia factual y plausibilidad argumentativa de la tesis del premio Anagrama), *El rumor* proponía un mito de origen cuya función sería la de identificar en su génesis los rasgos definitorios de la lengua y su persistencia en la época contemporánea (2007: 136-137).

El pleno sentido glotopolítico de esta obra lo revelaba el mismo subtítulo al remitir a un asunto que, en los años ochenta, se perfilaba como problema fundamental para el modelo de país que se plasmaba en la constitución de 1978 y, en particular, para el modelo de organización lingüística que proponía el artículo 3. El conflictivo desarrollo de los estatutos de autonomía y la evidente insatisfacción con el marco constitucional de quienes aspiraban a la llamada normalización del catalán, euskera y gallego ponían en un brete al nacionalismo liberal español. Importantes sectores de las sociedades catalana, gallega y vasca negaban su pertenencia al pueblo y nación española, y lo hacían en gran medida en base a la personalidad histórica diferencial que les concedía estar en posesión de una lengua propia. En respuesta a esta resistencia, se blandía una y otra vez el gran relato de unidad cultural forjado en los escritorios de la escuela de filología española. Y aquí entraba López García, introduciendo, por medio de lo que Woolard (2007) ha llamado ideología del anonimato, un matiz importante al relato tradicional: el pueblo y nación española no está anclado en una lengua *propia* sino en una lengua de *nadie*, en un sistema que, desde sus orígenes, había servido a la comunicación intergrupala.

Lo que quisiera subrayar a efectos del presente ensayo es la estrategia por medio de la cual López García emprende esta acción glotopolítica, y quisiera hacerlo a través del prisma conceptual que nos ofrece la relación siamesa entre la historia y la memorialización lingüística. Si bien el autor de *El rumor* no es descendiente directo de la escuela de filología española y su labor científica y profesional destaca más bien en el terreno de la lingüística cognitiva, goza evidentemente del prestigio y legitimidad que le

confiere su cátedra universitaria y, en relación con el asunto aquí tratado, se distingue también por sus incursiones en la historia del español (quizás el texto técnico más notable al respecto sea *Cómo surgió el español* de 2000). Lo vemos por tanto doblemente situado como profesional del lenguaje que participa en las reflexiones científicas sobre la historia del español y, a la vez, en *El rumor*, como intelectual que se adentra en la esfera pública española para apuntalar la memoria histórica unitaria de una lengua española cuyo estatus político aún se disputaba en la España post-franquista.

En el primer capítulo, que bajo el título de “Excusas” enmarca el proyecto funcionando como una suerte de prólogo, el autor se lamenta de la escasa relevancia del lingüista en la esfera pública:

Lo curioso es que, mientras las dificultades socioeconómicas suelen ser abordadas casi siempre por especialistas, la lingüística se encuentra entregada al baile de las etiquetas y de las soluciones más o menos taumatúrgicas que no rebasan apenas el ámbito hosco y apasionado de la charla de café o del mitin electoral...

En el caso de las controversias lingüísticas, o mejor dicho socio-histórico-lingüísticas, ...cuando un ciudadano expresa sus opiniones, cuando un grupo político propone sus soluciones, lo suelen hacer careciendo por lo general de un basamento reflexivo previo en el que apoyarse y sobre todo en el que legitimar su discurso (López García 1985: 12).

López García siente la desconexión entre el saber experto producido dentro de las fronteras disciplinarias de la lingüística y la opinión pública, forjada en múltiples espacios donde convergen opiniones y pasiones, intereses y luchas políticas. En ausencia de la base reflexiva que proporcionaría la racionalidad científica de una disciplina académica, la discusión del tema queda a expensas de maniobras retóricas interesadas y mayormente ajenas a la razón de los “datos objetivos y metodologías rigurosas” (López García 1985: 13).

Ya se dijo arriba que el problema glotopolítico al que López García se enfrenta es la resistencia de los nacionalismos catalán, gallego y vasco a aceptar el marco legal que la constitución establece para la gestión lingüística: la normalización del catalán, euskera y gallego –concebidas como lenguas *propias* de cada una de estas comunidades– sería imposible ante el imperativo constitucional de defensa del español –sentido, en estos países, como lengua ajena o al menos impuesta– en todo el territorio nacional. Es posible, reconoce López García, que una política gubernamental fundada en proyectos de planificación lingüística racionalmente elaborados contribuya a dar solución al conflicto. Pero no basta: “Junto a las medidas de gobierno, cada vez más necesarias, ¡quién lo duda!, es preciso proceder a una labor de autoconvencimiento personal” (López García 1985: 15).

Es esta laguna en la esfera pública española la que López García se propone llenar. No basta con la disciplinada y competente producción de saberes sobre el lenguaje; es necesario diseñar estrategias institucionales y discursivas para que aquellos saberes penetren en la vida social e incidan sobre la opinión que acabará determinando el devenir político de la comunidad:

El descubrimiento de la verdad en toda su extensión y complejidad contradictoria no suele alcanzar por lo común sino al reducido ámbito académico que dice ocuparse de ella: cuando el esclarecimiento de los hechos se instala cómodamente en las revistas especializadas y en las discusiones de los congresos, el gran

público permanece ajeno a sus efectos beneficiosos y la conciencia colectiva se fija inalterada (López García 1985: 17).

De ahí la opción por el género del ensayo y de ahí la búsqueda de difusión a través del premio otorgado por la prestigiosa editorial anagrama. *El rumor de los desarraigados* es un punto de inflexión en la lingüística española pues representa un llamamiento explícito a la implicación de los profesionales del lenguaje en la vida pública del país, en la orientación de los debates lingüísticos blandiendo la legitimidad conferida por sus “datos objetivos y metodologías rigurosas” con el fin de moldear la “conciencia colectiva”.

En los dos casos mencionados, el pleno sentido de cada texto se encuentra, por un lado, en la investigación lingüístico-histórica como práctica que sigue protocolos altamente codificados: la identificación de *problemas* históricos, la búsqueda y organización de materiales *primarios* y la adopción de modelos de exposición de las conclusiones alcanzadas responden a criterios constitutivos de un campo disciplinario que, si bien pueden ser y son objeto de disputa y por tanto susceptibles al cambio, ofrecen marcos de referencia que permiten contrastar y evaluar unos proyectos frente a otros.

Por otro lado, la breve incursión en las obras de Lapesa y López García me permitió verlas intervenir en la esfera pública implicadas en un esfuerzo de memorialización lingüística, es decir, en la producción de experiencias memorialísticas que, en nombre de la constitución de una identidad colectiva, adoptan a la lengua como objeto de la retrospectiva.

4. La lengua como lugar de memoria

El presente ensayo es apenas un breve apunte sobre un proyecto de mayor calado que examina el rol de la lengua española y la escritura de su historia en la vida política de la España reciente, esa cuyo certificado de nacimiento se firma con la aprobación de la constitución de 1978. Bajo la inspiración de los objetos que nos revela la mirada glotopolítica, pretendo tratar la lengua española, invocando el concepto de Pierre Nora, como lugar de memoria, es decir, como símbolo a través de cuyas materializaciones públicas –físicas o discursivas– se convoca el recuerdo emocionante de experiencias vividas en el pasado –o imaginadas como vividas en el pasado– en nombre de la constitución de un sujeto colectivo en el presente.

Apuntemos sólo algunos ejemplos de lugares donde se cristaliza la memoria de una lengua que se pretende compartida, donde la experiencia –de participación directa en acto público o de contacto con el medio en que haya quedado registrado– deviene en ritual conmemorativo que afirma la existencia de un legado común.

- En 1998 se creaba en España la Fundación San Millán de la Cogolla con el objeto de favorecer la protección y cuidado del medio natural de la zona declarada Patrimonio de la Humanidad en San Millán de la Cogolla y los monasterios de Suso y Yuso; investigar, documentar y difundir los orígenes de la Lengua Castellana y la utilización de las nuevas tecnologías para la difusión y actualización del castellano en el mundo, así como fomentar el desarrollo social, económico, cultural y turístico de San Millán de la Cogolla y su entorno (<http://www.fsanmillan.es/la-fundacion-san-millan-de-la-cogolla>, visitado el 6 de mayo de 2017).

Durante la ceremonia de constitución, celebrada el 8 de octubre, el Príncipe de Asturias Felipe de Borbón pronunciaba las siguientes palabras: “Que San Millán de la Cogolla logre añadir a su legítimo título de cuna de la lengua española el de atalaya de nuestra cultura es un reto de gran calado al que desde mi papel como Presidente de Honor de la Fundación, contribuiré sin ahorrar esfuerzos” (<http://www.fsanmillan.es/origen-y-constitucion>, visitado el 4 de mayo de 2017).

- El 22 de febrero de 2000 se creaba la Fundación Camino de la Lengua Castellana con el fin de promover una ruta turística y cultural para “difundir la rica historia del devenir del español, [...] vehículo de comunicación de cuatrocientos millones de personas en más de veinte países”:

El itinerario arranca en los monasterios de Yuso y Suso, en San Millán de la Cogolla (La Rioja), donde aparecen las primeras palabras escritas en castellano, presentes en las Glosas Emilianenses. Continúa en Santo Domingo de Silos (Burgos), con la importancia de las Glosas Silenses. Atraviesa Valladolid, alrededor de cuya Corte se desarrolló una rica vida cultural que tendría mucho que ver con la llegada del castellano al Nuevo Mundo. Llega a Salamanca, donde Antonio de Nebrija escribió la primera Gramática en Lengua Española. Pasa por Ávila, donde moraron los máximos exponentes de la literatura mística, Santa Teresa de Jesús y San Juan de la Cruz. El recorrido finaliza en Alcalá de Henares, ciudad natal del escritor más universal en lengua castellana, Miguel de Cervantes (<http://www.caminodelalengua.com/fundacion.asp>, visitado el 6 de mayo de 2017).

- En diciembre de 2002, la ciudad de Leganés, Comunidad de Madrid, instalaba una escultura en bronce de Aurelio Teno titulada “Homenaje a la lengua española”: una figura de don Quijote sentado sobre un libro y levantando hacia el cielo las manos mientras sostiene con ellas la cabeza de Rocinante. El lugar escogido para exhibir la estatua fue la Avenida de la Lengua Española.

- Entre el 27 de septiembre de 2013 y el 26 de enero de 2014, tenía lugar en la Biblioteca Nacional de España una exposición titulada “La lengua y la palabra. Trescientos años de la Real Academia Española” (véase <http://www.rae.es/la-institucion/iii-centenario/exposicion>). Coorganizada por la propia RAE y Acción Cultural Española, se proponía conmemorar la historia y logros de la institución que, desde 1713, había velado por el cuidado de la lengua. La exposición –que, según la RAE, recibió más de cuarenta mil visitas– se había acompañado de un lujoso volumen, patrocinado por la Fundación BBVA, presentado por los comisarios de la exposición: los académicos Carmen Iglesias y José Manuel Sánchez Ron.

La historia de esta hazaña y la de estos trescientos años de la institución, inserta en la historia y los avatares de la propia historia de España y de los españoles, es la que hemos querido transmitir a través de la exposición histórica y de este libro (Iglesias y Sánchez Ron 2013: 21).

Esta es sólo una pequeña muestra de los lugares de memorialización lingüística que han proliferado en la España contemporánea: los congresos internacionales de la lengua española (CILEs), las reuniones de la asociación de academias, las presentaciones públicas de sus instrumentos normativos o los libros de divulgación de la historia del español (e.g. *Gente de Cervantes* de Juan Ramón Lodares (2001) o *La maravillosa historia del español* de Francisco Moreno Fernández (2015)) merecen también una lectura como la que aquí se propone: por un lado, y en tanto que lugares de memoria lingüística, se interpretan como materializaciones de un relato de unidad que convoca

un sentir sobre el pasado, el presente y el futuro de la lengua en las luchas por el control simbólico de la vida política del país. Por otro lado, se nos presentan no del todo ajenos a la práctica historiográfica en torno a la lengua, conectadas, de hecho, de múltiples maneras al protegido espacio de los datos objetivos y las metodologías rigurosas”.

5. Coda: la lengua como lugar de olvido

Muchos lectores de este ensayo recordarán las siguientes palabras de Juan Carlos I, Rey de España, pronunciadas el 24 de abril de 2001 durante la entrega del premio Cervantes al escritor Francisco Umbral:

Nunca fue la nuestra lengua de imposición, sino de encuentro; a nadie se obligó nunca a hablar en castellano: fueron los pueblos más diversos quienes hicieron suyos, por voluntad libérrima, el idioma de Cervantes (http://elpais.com/diario/2001/04/25/cultura/988149601_850215.html).

La ceremonia de entrega del Cervantes se convertía así en lugar conspicuo de memorialización lingüística, en evocador símbolo de una cultura gloriosamente constituida en armónicos encuentros en los que la lengua que la encarnaba habría sido libremente adoptada por otros, rendidos ante su evidente superioridad. Pero se convertía también en obscuro lugar de olvido donde se maquillaban las cicatrices de la violencia colonial que exhibe la lengua española, donde se borraban los rastros que deja su historia de imposición sobre otros pueblos, donde se silenciaba la voz obrera –que apenas alguna historia social deja oír, más como folclor que como grito de resistencia. Ante esto, ¿cómo no interrogar el complejo juego de manos que entre historia, memoria y olvido da lugar a este relato?; ¿cómo no hacerlo al recordar, con Renan, que “la unidad se hace siempre de modo brutal”?

Referencias bibliográficas

- Abad Nebot, Francisco. 2008. *Historia general de la lengua española*. Valencia: Tirant Lo Blanch.
- Iglesias, Carmen; Sánchez Ron, José Manuel. 2013. La lengua y la palabra. Trescientos años de la Real Academia Española. En *La lengua y la palabra. Trescientos años de la Real Academia Española*. Madrid: Real Academia Española, pp. 21-27.
- Lapesa, Rafael. 1981. *Historia de la lengua española*. Madrid: Gredos.
- Lodares, Juan Ramón. 2001. *Gente de Cervantes. Historia humana del idioma español*, Madrid: Taurus.
- López García, Ángel. 1985. *El rumor de los desarraigados. Conflicto de lenguas en la península ibérica*. Barcelona: Anagrama.
- López García, Ángel. 2000. *Cómo surgió el español. Introducción a la sintaxis histórica del español antiguo*. Madrid: Gredos.
- Menéndez Pidal, Ramón. 1940. *Manuel de gramática histórica española*. Madrid: Espasa-Calpe.
- Menéndez Pidal, Ramón. 1950. *Orígenes del español. Estado lingüístico de la península ibérica hasta el siglo XI*. Madrid: Espasa-Calpe.

- Moreno Fernández, Francisco. 2013. *La maravillosa historia del español*. Madrid: Espasa Libros.
- Nora, Pierre. 1989. Between memory and history: lieux de mémoire, *Representations* 26: 7-24 (Special issue: Memory and Counter-Memory).
- Renan, Ernest. [1887] 1987. *¿Qué es una nación? Cartas a Strauss*. Madrid: Alianza.
- Rieff, David. 2017a. *Elogio del olvido. Las paradojas de la memoria histórica*. Barcelona: Debate.
- Rieff, David. 2017b. Cumplir con el deber de olvidar, *El País*, 18 de marzo de 2017. <http://cultura.elpais.com/cultura/2017/03/17/actualidad/1489750131_452411.html>
- Woolard, Kathryn. A. 2007. La autoridad lingüística del español y las ideologías de la autenticidad y el anonimato. En J. del Valle, ed. *La lengua, ¿patria común? Ideas e ideologías del español*. Madrid / Frankfurt am Main: Iberoamericana / Vervuert, pp. 129-142.